

Certificado de defunción

El temporal que atravesaba la comarca se había recrudecido y el viento arreciaba con fuerza, azotando el rostro del viejo cochero hasta hacerle saltar lágrimas de frío. Alfredo, aun con las manos enfundadas en gruesos guantes de lana, sujetaba a duras penas las riendas del par de robustos caballos. Los negros animales tiraban del carruaje fúnebre resoplando vaho, sacudiendo los copos de nieve que tapizaban sus crines e intentando abrirse paso a través de la cada vez más espesa niebla.

Alfredo maldecía destemplado y arrepentido por haber aceptado aquel encargo de medianoche, si bien sabía, como veterano empleado de una modesta funeraria, que no podía haberse negado. Primero, porque la muerte no entiende de inclemencias del tiempo y alguien debía conducir el cadáver de aquel desdichado hasta el cementerio; y segundo, porque utilizando el carruaje de noche, éste estaría disponible al día siguiente para otro servicio. Y es que el cochero trabajaba en un pequeño negocio mortuario de asequibles honorarios que subsistía entre la competencia compensando la escasez de medios y personal con una amplia disponibilidad, aceptando en no pocas ocasiones encargos poco rentables que otros desechaban. Como el de esa noche. Alfredo tenía por delante un trayecto largo y tortuoso, alejado de sus rutas habituales, hasta llegar a un retirado camposanto dedicado a recibir cuerpos desterrados y anónimos.

El pobre desgraciado que transportaba en el ataúd no tenía identidad.

Había sido hallado un par de días antes en un pantano, hinchado y amoratado. La causa del ahogamiento no pudo esclarecerse: quizá un robo, quizá una borrachera o un traspie inoportuno. No importaba, puesto que el fallecido carecía tanto de nombre como de pariente alguno que reclamase su malogrado cuerpo. Así que tras un par de días en la morgue, el médico se limitó a certificar la defunción en la carta rubricada que ahora llevaba Alfredo en el bolsillo, y el consistorio del pueblo más cercano tuvo a bien pagar a la más humilde de las funerarias para que

el desdichado tuviera un traslado y un entierro medianamente dignos. Nada que ver con los vistosos encargos en los que se ornamentaban de forma ostentosa los carruajes para los pomposos cortejos fúnebres de los difuntos con mayor poder adquisitivo. Y es que, aunque el dicho popular afirme que *Al final de la partida, el peón y el rey vuelven a la misma caja*, cada fallecido recibía su último paseo según su distinción en vida. Aquel pobre infeliz que Alfredo transportaba no sería velado por dolientes de luto ni descansaría en un panteón familiar, y únicamente el enterrador y su ayudante estarían presentes en el camposanto a la hora de recibir sepultura.

Siempre que consiguiesen llegar. Porque la húmeda bruma se tornaba más densa y la combinación de granizo y viento originaba decenas de dolorosas agujas que castigaban a Alfredo sin piedad, exacerbándose con las partes más vulnerables de su achacoso cuerpo. Los negros corceles, exhaustos, trotaban sin ningún brío mientras las ruedas del coche fúnebre se esforzaban por avanzar a través de un camino nevado que, irremediabilmente, se volvía intransitable. La exigua iluminación del par de farolas del carruaje apenas dejaba entrever los robles más cercanos, cuyas desnudas y alargadas ramas se agitaban a su paso, quizá invitándole a apresurar la carrera, quizá avisando del peligro de encontrarse con caminos cortados y resbaladizas placas de hielo.

El viejo cochero tiró de las riendas y detuvo el coche fúnebre.

Saltó del pescante de forma que sus zapatos se hundieron en la nieve y, tras sacudirse la casaca y frotarse enérgicamente los brazos para entrar en calor, se acercó a los caballos. Los animales, inquietos, apenas movían sus doloridas patas en un intento de no quedarse helados mientras sus acuosos ojos rogaban al cochero que les liberara de aquellas correas y les proporcionase un cálido establo donde resguardarse. Alfredo valoró la posibilidad de dar media vuelta y retroceder, idea que enseguida desechó y catalogó de absurda, como si aquella furia de ventisca y nieve no afectase a los alrededores de toda la comarca. Una inoportuna ráfaga de

viento arrebató el sombrero de Alfredo, que salió despedido de su cabeza y voló arrastrado por aquel vendaval para perderse entre la lúgubre arboleda.

Alfredo gruñó por la pérdida, y sacando su petaca de licor, apuró unos últimos tragos de intenso placer cuando el abrasador líquido atravesó su garganta. Sus orejas y nariz eran prolongaciones heladas e insensibles de su cuerpo y tanto sus flacas piernas como sus escuálidos brazos empezaban a entumecerse.

Unos aullidos cercanos erizaron el escaso cabello de su cabeza.

No debía haberse detenido. Tembloroso de frío y encogido de miedo, Alfredo escudriñó cada árbol, cada sombra, en busca de alguna escurridiza silueta de cuatro patas con ojos rojos al acecho. Él no vio ningún lobo, pero los caballos sí. Un depredador de pelaje gris cruzó fugazmente el sendero por delante de los animales enseñando sus afilados dientes, y éstos, espantados, relincharon y alzaron sus patas delanteras para enseguida huir al galope como si les fuese la vida en ello. Alfredo contempló atónito cómo el carruaje fúnebre era arrastrado por el par de desbocados caballos, tambaleándose sin control. Una de las ruedas delanteras se partió al tropezar con un pedrusco y el coche volcó, pero continuó remolcado por los dos corceles en su frenética carrera hasta que se estrelló contra uno de los gruesos robles. El asiento del cochero fue arrancando de cuajo y el ataúd salió despedido de la parte trasera, deslizándose como un trineo por la nieve.

Los enloquecidos caballos y lo que quedaba del maltrecho carruaje desaparecieron en la niebla.

Jadeando, Alfredo se acercó corriendo al féretro, preocupándose en un alarde de profesionalidad por el estado de la caja y del difunto. El ataúd había quedado irreverentemente boca abajo, así que con destreza y esfuerzo lo volteó para dejar de nuevo a su ocupante boca arriba.

Después, llegó el silencio.

Incluso el viento, empeñado en no dar tregua y flagelar con más fuerza, apenas parecía susurrar.

Alfredo agudizó vista y oído, horrorizado por la posibilidad de estar rodeado de una manada de hambrientos carnívoros. Albergó la esperanza de que se hubieran asustado con la estampida de los caballos o de que hubieran salido a la caza tras ellos. Los tiritones del viejo cochero no se debían tanto al miedo, sino al frío invernal, crudo y penetrante. Alfredo temió entonces morir congelado, en medio de un paraje nevado y con la única compañía de un cadáver.

Las gélidas temperaturas estaban exterminando el poco calor que conservaba su enclenque cuerpo. Tenía que andar, mantenerse en movimiento. Pero, ¿hacia adónde? Según sus cálculos, hasta el antiguo cementerio quedaba un trecho infinito a pie, por no contar que con aquella espesa niebla no sería descabellado perderse en el bosque, o peor aún, toparse con alguna bestia agazapada. ¿Es que los condenados lobos eran inmunes al frío? ¿Y si alguien más pasara por allí y pudiera rescatarle?, llegó a pensar. ¿Pero quién demonios, en su sano juicio, iba a salir con aquel temporal, menos aún de madrugada?, se contestó con resignación. Algún imprudente como él, cuya osadía iba a costarle la vida.

El viejo cochero comenzó a caminar en círculos alrededor del ataúd. La casaca que le abrigaba, cuyos amplios bolsillos servían de refugio para sus insensibles manos, empezaba a humedecerse antojándosele más pesada. A Alfredo le lloraban los ojos, le castañeteaban los escasos dientes que le quedaban y en sus entumecidas fosas nasales cristalizaban témpanos de hielo. En los últimos minutos, el inicial hormigüeo de pies y manos se había tornado en un dolor agudo que se extendía por las extremidades. Descubrió que congelarse duele. Quemaduras de frío, qué ironía. Sospechó que pronto su sangre cuajaría y no podría circular por unas venas y arterias heladas, por lo que sus miembros se gangrenarían. Con mucha suerte, si conseguía vivir para ver los primeros rayos de sol, lo haría con brazos y piernas ennegrecidos. Se los tendrían que amputar.

Entonces reaccionó.

Delante de sus narices tenía una posible tabla de salvación: un ataúd de madera de pino al que agarrarse como a un clavo ardiendo. Se carcajeó nervioso y, alejando posibles dudas morales, se decidió a poner en práctica su plan de supervivencia: cobijarse en aquel féretro, aunque supusiera sacar de él a su inquilino.

Se hincó de rodillas en la nieve y sus enguantados, hinchados y doloridos dedos descorrieron el cerrojo y abrieron la tapa del ataúd. Dentro, el ahogado sin nombre descansaba con los párpados cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho y la boca entreabierta. Alfredo no podía permitirse el lujo de pensárselo más, así que se apresuró a rodear al difunto por las axilas y tiró de él. Pesaba como un muerto. Aquel cuerpo rígido y corpulento ofrecía una inesperada resistencia a ser desalojado de su eterna morada. El viejo cochero, a pesar de estar congelándose, intuía gotas de sudor en su enjuto rostro, fruto de tan inhumano esfuerzo. Recordó entonces lo fácil que había sido dar la vuelta al ataúd instantes antes, por lo que sin pensárselo dos veces lo agarró de un lateral y lo volcó de forma que el cadáver rodó hacia la nieve. Finalmente, colocó otra vez el desocupado ataúd en la posición adecuada.

Alfredo rehuía mirar al muerto, que yacía a la intemperie en una imposible y forzada postura cubriéndose de escarcha, pero de nuevo las bajas temperaturas le obligaron a agudizar el ingenio y pensó que toda prenda que pudiese aprovechar era poca. A pesar de tratar a diario con la muerte –o precisamente por ello–, Alfredo no era un hombre religioso; aun así, se santiguó antes de desvestir al difunto. Primero le quitó los calcetines, consiguiendo un par más con que abrigar sus glaciales pies, y después le desprendió del austero hábito de tejido áspero que llevaba como mortaja para colocárselo él mismo encima de su traje y debajo de la casaca. Quizá hubiera respetado la ropa interior del fallecido, pero no llevaba, por lo que el desdichado quedó completamente desnudo a la intemperie. El viento castigaba sin piedad y Alfredo resollaba mientras arrastraba el cadáver hasta el árbol más próximo. Con gran sacrificio, le puso en pie,

apoyándole contra el grueso tronco del roble mientras enganchaba los brazos estirados en las ramas más bajas, configurando con el muerto un grotesco espantapájaros. Alfredo intentó justificar su acción alegando que así serviría para llamar la atención de cualquier viajante que pasase por allí en las próximas horas, si bien su verdadera pretensión era exponer el cadáver como señuelo para los lobos. Una comida fría y en descomposición, que llegado el caso serviría para entretener a las bestias salvajes que merodearan por tan tétrico paraje.

Con un insoportable dolor en sus viejos músculos congelados y una terrible humedad que calaba sus huesos, Alfredo se apresuró a huir de la tempestad de nieve y se metió en el ataúd.

Al cerrar la tapa, el vendaval y sus hirientes granizos desaparecieron. Alfredo se sumió en una serena oscuridad y lo primero que pensó es que el ataúd, para ser de los más baratos, contaba con un mullido acolchado que agradeció enormemente. Desde luego, la temperatura allí dentro era varios grados más que en el exterior, pero todavía el frío le atenazaba. ¿Seguiría imparable el proceso de congelación a pesar del fúnebre refugio? Intentó adoptar una posición fetal que favoreciera entrar en calor, pero sus codos y rodillas golpearon la recia madera recordándole que no se permitía otra colocación que no fuese la habitual de eterno descanso. Finalmente adoptó la postura universal para la que estaban diseñados todos los ataúdes, y si cruzó los brazos sobre su pecho no fue para imitar a los difuntos, sino para sentirse más cálido y protegido.

De repente le invadió un inusual ataque de claustrofobia. Estaba acostumbrado a trasladar, cargar y descargar ataúdes, pero no a estar dentro. Ni siquiera en una noche regada de alcohol en la funeraria había bromeado con meterse en uno de ellos, como en varias ocasiones sí había probado su jocosos jefe. Aquellas urnas mortuorias no le daban miedo pero le infundían un tremendo respeto. Se recordó a sí mismo que el cerrojo no estaba echado, comprobándolo con un movimiento tan simple y tranquilizador como el de abrir la tapa. La tempestad de nieve que

entró por la rendija, le convenció para mantener el ataúd bien cerrado, seguro de que se hallaba en el mejor cobijo que en esos momentos podía encontrar en varios kilómetros a la redonda.

Suspiró, cerró los ojos y esperó.

Unos arañazos en la caja le sobresaltaron. Podía oírlos sin ninguna duda: golpes suaves que rasgaban la madera de pino. En un lateral. Arriba. En los dos sitios a la vez. Sospechaba que posiblemente uno o varios de aquellos lobos de orejas tiesas y colmillos afilados estaban olfateando el ataúd, arañándolo con sus zarpas y recorriéndolo con el hocico en busca de una succulenta cena. Algún recóndito e irracional lugar de su mente imaginó que en realidad quien golpeaba era el muerto que, enfadado, reclamaba volver a su última morada. Ambas posibilidades le parecían igual de espeluznantes. Su cuerpo, inerte de frío, se negaba a responder, pese a que en su situación tampoco podría hacer mucho para evitar ser atacado. Asustado, se mantuvo en un silencio sepulcral; y de nuevo, en contra de su escepticismo religioso, rezó y suplicó en la oscuridad para que no abriesen el ataúd. Escuchó con espanto el tintineo de la barra metálica del cerrojo. ¿Podría darse cuenta un animal de que estaba abierto? Alfredo contuvo la respiración. Se encontraba indefenso ante posibles zarpazos y dentelladas.

Todos aquellos ruidos amenazantes, que se amplificaban en el interior del féretro, continuaron durante un rato hasta que sin más, desaparecieron. Cualquiera que fuese la criatura del exterior parecía haber desistido. Alfredo intentó respirar aliviado pero sus helados pulmones apenas se expandían para llenarse de aire. Quiso imaginarse que los lobos se entretenían despedazando el cadáver espantapájaros que tenían a la vista y a él le dejaban descansar en paz. Juraría incluso estar escuchando fieros gruñidos de pelea animal disputándose trozos de carne humana. Más tarde, después de una incertidumbre eterna, realizó una necesaria comprobación: alzó torpemente la mano derecha y levantó ligeramente la tapa, cerciorándose así de que gracias a Dios no le habían dejado encerrado. Aquel gesto le recordó también que el temporal no sólo no amainaba, sino que continuaba avivándose; y también le confirmó que prácticamente ya no

sentía sus manos. Cuando con los dientes se desprendió del guante de una de ellas, contempló horrorizado que sus dedos, amoratados, apenas respondían a sus órdenes de movimiento. Ni siquiera proporcionaban dolor.

Aterrado, el viejo cochero comprendió que incluso metido en el féretro, la congelación podría retrasarse pero avanzaría sin piedad. De sus ojos cerrados surgieron unas contenidas lágrimas de escarcha.

Pensó en baños de agua caliente, en estufas repletas de leña con fuego crepitante, en incendios devastadores e incluso en las calderas hirvientes del mismísimo infierno. Sin embargo, mientras su somnolienta mente luchaba por mantenerse ardiendo, su helado cuerpo se adentraba sin remedio en un estado de hibernación. Ya no había dolor. Ya no había frío. Ya no sentía nada.

Cuando los miembros de una familia de comerciantes encontraron a la mañana siguiente el ataúd con Alfredo dentro, tuvieron la decisión y la sangre fría de conducirlo hasta el cementerio, lanzando indignados reproches contra la poca profesionalidad de quien va dejando cadáveres abandonados en medio de la nieve. El enterrador y su ayudante, sempiternos guardianes del camposanto, no reclamaron la presencia de ningún médico porque en ningún momento sospecharon que bajo aquellas dos capas de abrigo y ropa latía débilmente un viejo corazón. Nada les hizo suponer que aquel hombre lívido e inmóvil estaba vivo, menos aún cuando leyeron el certificado de defunción que encontraron en el bolsillo del abrigo, por lo que decidieron dar presta sepultura al desgraciado para que terminara de una vez su peregrinación y pudiese descansar en paz.

Ni siquiera una semana después, cuando recibieran asombrados los restos de un cadáver desnudo y atrozmente mutilado por las fieras, lo relacionarían con el caso que les ocupaba.

Tal y como constaba en la documentación del hombre sin nombre, organizaron un sepelio sencillo en el viejo cementerio. Cavaron la fosa en el lugar correspondiente y resolvieron aprovechar para la ocasión una oxidada cruz metálica en cuya placa se intuía el DEP y una usada lápida de granito en la que no rezaba inscripción alguna.

Sólo cuando la torpe coordinación entre enterrador e inexperto ayudante provocó que el ataúd descendiese hasta el fondo de la fosa con una dura sacudida, Alfredo empezó a tomar conciencia de su nuevo estado. Despertó gradualmente, desorientado por hallarse sumido en la completa oscuridad, sin oír las paladas de tierra que se amontonaban sobre el cajón de madera. Minutos más tarde, el desentumecimiento físico y mental le permitió intentar incorporarse y entonces se golpeó la cabeza con la tapa.

Maldijo masajeando y sacudiendo su aturdida sesera y se espabiló aún más, palpando con sus frías pero recuperadas manos las dimensiones del espacio donde se hallaba encerrado.

Entonces recordó.

Cuando Alfredo comprendió lo terrible de su situación, pataleó con todas sus fuerzas para librarse de aquel espantoso enterramiento. Presa del pánico, el viejo cochero se revolvió, golpeó y arañó tanto la madera como la tapicería acolchada hasta destrozarse las uñas, pero todos los desesperados intentos por escapar de una muerte en vida fueron en vano.

Sus desgarradores gritos de horror no llegaron a la superficie. Quedaron sepultados a dos metros bajo tierra.